Trabajos de amor - Moira Weigel.indd 1 4/10/17 17:15

Trabajos de amor - Moira Weigel.indd 2 4/10/17 17:15

Los trabajos del amor

Trabajos de amor - Moira Weigel.indd 3 4/10/17 17:15

Trabajos de amor - Moira Weigel.indd 4 4/10/17 17:15

Moira Weigel

LOS TRABAJOS DEL AMOR
El nacimiento de las citas

melusina

Trabajos de amor - Moira Weigel.indd 5 4/10/17 17:15

Título original: *Labor of Love*

LABOR OF LOVE by Moira Weigel

© 2016, Moira Weigel

Published by arrangement with Farrar, Strauss and Giroux, L.L.C., New York

© Editorial Melusina, S.L.
www.melusina.com

Diseño de cubierta: Juan García
Corrección ortotipográfica, de estilo y fotocomposición: Antonio Rómar

Reservados todos los derechos de esta edición.
Primera edición: octubre de 2017

ISBN: 978-84-15373-52-0
Depósito legal: TF 1053-2017

Impresión: Estugraf S.L.
Impreso en España

CONTENIDO

Introducción: Las citas 9
1. Los trucos 17
2. Los gustos 41
3. Las salidas del armario 59
4. La universidad 83
5. Las relaciones estables 119
6. La libertad 147
7. Los nichos 175
8. El protocolo 209
9. Los planes 241
10. La ayuda 275
Epílogo: El amor 297

Bibliografía seleccionada 305
Agradecimientos 313

Trabajos de amor - Moira Weigel.indd 8 4/10/17 17:15

Para todos aquellos que me han enseñado algo
sobre el amor, especialmente Mal y Ben.

Trabajos de amor - Moira Weigel.indd 10 4/10/17 17:15

Introducción: Las citas

Los peores presagios se habían consumado; o, al menos, estaban a punto de hacerlo. Así es como me sentía cuando era una veinteañera. No sabía muy bien a quién había estado engañando ni por qué lo hacía, ni tampoco cómo iba exactamente a meter la pata y caer para siempre en una trampa. Todos los libros de autoayuda que había leído, y también mi madre —una irlandesa de profundas raíces católicas—, afirmaban sin el menor atisbo de duda que cada día que pasaba se escuchaba más próximo el redoble de mi inminente soltería. Yo no quería estar condenada a un futuro marcado por la soledad y la ausencia de amor; ¿acaso alguien desea vivir algo así? Pero el temor que me invadía no lo motivaban esos malos presagios.

Estaba empezando a darme cuenta de que no sabía *cómo* querer.

La primera vez que percibí una señal fue a los veintiséis años, durante una turbia noche neoyorquina, recién comenzado el verano. Me encontraba paseando por Chelsea acompañada de un chico con el que salía últimamente y, como suelen hacer los actores de toda buena comedia romántica, decidimos acabar la velada en High Line. Allí, rodeados de una maraña de turistas y millonarios, contemplamos cómo el sol se escondía lentamente por Hoboken, Nueva Jersey.

Él era mayor que yo, un tipo muy atractivo que (quise pensar), además, era un genio. También era una persona que hacía gala de un

Trabajos de amor - Moira Weigel.indd 11 4/10/17 17:15

importante egoísmo que desplegaba sin ser consciente de ello, lo cual lo convertía en un defecto totalmente destructivo. A lo largo de las últimas semanas, aquel tipo había intentado por todos los medios acabar con lo que fuera que tuviéramos con el firme propósito de retomar una relación anterior con una ex-ex a la que había empezado a calificar de nuevo como su novia, para luego cambiar de opinión; en definitiva, quería tenernos a las dos al corriente de que estaba atravesando por una etapa de reflexión.

Aquella noche, él hizo un comentario sobre las cualidades ideológicamente sospechosas que presentaban las relaciones sentimentales a largo plazo cuando, de repente, me asaltó una pregunta que llevaba tiempo tratando de evitar. Sus pasos se aceleraron.

¿Qué debería querer en la vida?

En ese momento, me sentí miserablemente atrapada entre mi consciencia del estereotipo que estábamos representando el Supuesto Genio y yo y mi consciencia igualmente meridiana de que la identificación de los estereotipos era un estereotipo que no podía protegerme. Aquel tipo me estaba destrozando el corazón, pero, como suele suceder a muchas mujeres, me habían educado para volcarme exclusivamente en la noble tarea de satisfacer los deseos de los demás: si no era capaz de hacer feliz a nadie, al menos debería intentar mostrarme atractiva. Así que, todos mis sentimientos decidieron que lo mejor era colocar ante sí la palabra *debería*. Este *debería* se había convertido en un acto reflejo.

—¿Qué debería querer en la vida? —pregunté minutos después al Supuesto Genio, mientras me acompañaba hacia la parada del metro. Traté con todas mis fuerzas de que mi pregunta no sonara demasiado personal, y supongo que logré mi propósito, porque se echó a reír.

—¿No crees que lo único que debemos querer es la felicidad?

Me estremecí al oír su respuesta. Me di cuenta de que no solo estaba impaciente por deshacerse de mí, sino que probablemente pretendía pasar el resto de la noche con su ex-ex-novia. Por eso me había despachado con una respuesta tan banal. ¿Acaso no manejaba mejor información que yo? Aquel tipo estaba totalmente seguro de que tenía derecho a querer, aunque en realidad lo que quisiera es

Trabajos de amor - Moira Weigel.indd 12 4/10/17 17:15

seguir mostrándose indeciso. Yo también necesitaba querer algo de la vida, pero ¿qué?

¿Por qué demonios siempre acababa preguntando este tipo de cosas a un hombre?

Yo había aprendido a hacer este tipo de preguntas durante mis citas. Y digo «yo» porque ese «yo» podría referirse a cualquiera de las mujeres que conozco. Y es que pertenezco a una generación que creció escuchando que las chicas tenían la capacidad necesaria para hacer lo que se propusieran. Sin embargo, en muchos sentidos, crecimos privadas de nuestros propios deseos. En el colegio, los libros de texto que estudiábamos nos aseguraban que el feminismo era algo que pertenecía al pasado: ahora, si nos esforzábamos como era debido, podíamos aspirar a las mismas cosas que nuestros compañeros de clase. Las citas nos enseñaron cómo debíamos comportarnos si esperábamos lograr que alguien nos quisiera.

Desde que éramos niñas, habíamos escuchado una y mil veces que el amor era lo más importante que nos iba a suceder en la vida. Encontrar el amor era como recibir una nota final: cualquier otra cosa que lográramos carecería de sentido sin él. Sabíamos que la manera de encontrar el amor era teniendo una cita con alguien, pero más allá de esa afirmación no disponíamos de unas reglas claras. Nadie parecía saber muy bien en qué consistía eso de una cita.

Cuando me convertí en una mujer adulta, la mayoría de mis amigas coincidían en que tener una cita era como interpretar una especie de obra de teatro experimental. Tu pareja y tú os subíais cada noche a un escenario y recitabais una serie de guiones diferentes y enfrentados. Francamente, lo hacíamos lo mejor que podíamos. Las mujeres que íbamos en busca de hombres manejábamos muchísima información sobre cómo debíamos desenvolvernos en ese tipo de situaciones. Contábamos con una cantidad ingente de libros y películas, de programas de televisión y revistas, de blogs y anuncios que nos indicaban a las claras cómo debíamos actuar.

Las portadas de color rosa, las preciosas letras onduladas, así como el hecho de que esas instrucciones aparecieran acompañadas de varias muestras de perfume, eran un claro presagio de que resultaban completamente triviales. Vamos, proclamaban las cubiertas

Trabajos de amor - Moira Weigel.indd 13 4/10/17 17:15

rosas, las letras onduladas y los perfumes. Tener una cita no es algo serio. Sin embargo, ¿puede haber algo más serio que llevar a cabo una actividad que, según nos han asegurado durante años, es el único camino para alcanzar la realización personal y la principal manera de que se siga reproduciendo la sociedad en la que vivimos?

Cuantas más vueltas le daba, más convencida estaba de que todo era una terrible conspiración.

Si pretendes que alguien te quiera, tienes que ser de esta manera, afirmaba el consejo, que en el fondo quería decir: si es que quieres valer un poco la pena.

Eso sí, no hagas ninguna pregunta.

El deseo femenino no es un tema trivial, como tampoco lo es la felicidad. Cuando me di cuenta de que la mayoría de mis teorías sobre lo que debería querer y la manera en la que debería actuar habían venido impuestas por la necesidad de salir con alguien, llegué a la conclusión de que era preciso averiguar de dónde procedía esa costumbre de concertar citas. Para ello, no bastaría con examinar el presente. El confuso amasijo de dogmas que mis amigas y yo teníamos tan asumidos se había ido acumulando durante décadas, por no decir siglos; así que me propuse investigar a fondo el pasado.

La primera búsqueda que realicé en Google solo sirvió para recibir una mala noticia.

Las citas habían muerto.

El 11 de enero de 2013, *The New York Times* confirmó mis temores. «¿Ha llegado el Fin del Cortejo?», se preguntaba un titular. Citando algunas conversaciones que habían mantenido con mujeres de entre veintitrés y treinta y tantos años que residían en varias ciudades de la costa este, el artículo llegaba a la conclusión que las «relaciones esporádicas» y los «encuentros virtuales» habían sustituido al ritual de salir con alguien.

«¡La palabra "cita" debería eliminarse del diccionario!», exclamó una de las fuentes.

El autor se planteaba una serie de preguntas que, según su criterio, cualquier chica solitaria desearía oír para, seguidamente, echarlas todas por tierra.

«¿Quieres cenar en ese nuevo restaurante tan romántico? Olvídalo».

Trabajos de amor - Moira Weigel.indd 14 4/10/17 17:15

«¿Esperas disfrutar de una cena en un local elegante? Tendrás suerte si llegas a tomarte una copa».

«¡Ya nadie sale formalmente con una pareja!», a menudo protestaban los padres que tenían hijos en el instituto o en la universidad cuando les explicaba que estaba escribiendo un libro sobre las citas. Mientras tanto, miles de solteros de toda América se inscriben cada día en los servicios de contactos en internet.

En los restaurantes de todo el país, multitud de parejas de extraños se reúnen cada noche con la ardiente esperanza de que su acompañante pueda ser Esa Persona, o al menos *alguien* con quien empezar una nueva vida. Provistas del arsenal de información que han ido recopilando el uno del otro, dos personas deciden sentarse alrededor de una mesa y comenzar, al principio un poco atenazados por los nervios, a hacerse todo tipo de preguntas.

¿Lo estarán haciendo bien?

Una de ellas se ríe con demasiada estridencia.

«Primera cita online». Mi amiga entorna los ojos. «Los hueles a kilómetros». Lleva trabajando como camarera desde que perdió su empleo como relaciones públicas y me asegura que cada semana ve a docenas de parejas de ese tipo. Incluso es capaz de distinguir a una pareja que se ha conocido en OkCupid de una que se ha inscrito a Match.com. También afirma que hay algunas sutiles diferencias que distinguen a los JDaters[1] de los que se han conocido en Hinge.

Si la tradición de tener una cita ha muerto, los propietarios de las aplicaciones y de los restaurantes deberían exclamar: *¡larga vida a las citas!*

¿Los informes que aseguran que las citas han muerto se han precipitado en sus conclusiones?

Todas las sociedades humanas, y muchas comunidades animales, siempre han contado con una serie de rituales de cortejo, si bien no todos han recurrido a las citas. El macho del alcatraz patiazul interpreta una formidable danza de apareamiento, pero no lo hace con la intención de tener una cita. Tampoco lo hacían los ciudadanos

1. *JDaters*: personas que utilizan la plataforma JDate, una página de contactos dirigida a solteros judíos.

Trabajos de amor - Moira Weigel.indd 15 4/10/17 17:15

americanos hasta alrededor de 1900. Desde entonces, los expertos han seguido afirmando por activa y por pasiva que las citas habían muerto o que se encontraban moribundas. La razón es bien simple. Nuestra manera de concertar citas va cambiando a medida que también evoluciona la economía. Incluso se podría decir que tener una cita es la forma que ha adoptado el ritual del cortejo en una sociedad donde impera el mercado libre.

La historia de las citas comenzó cuando las mujeres abandonaron sus hogares y los hogares de otras personas donde habían servido como esclavas y criadas y se trasladaron a las ciudades para desempeñar trabajos que les permitieron mezclarse con los hombres. Hasta entonces, no había manera de que los jóvenes celebraran un encuentro sin sufrir la vigilancia de los demás y, cuando se tropezaban con alguien que vivía en su aldea, probablemente se tratara de un conocido.

Pensemos en el extraordinario revuelo que se desata en una novela de Jane Austen cada vez que aparece un hombre soltero al que nadie conoce. A continuación, pensemos en cuántos hombres podía ver cada día una dependienta que trabajaba en los grandes almacenes Lord & Taylor durante la década de 1910. Como vemos, la posibilidad de ir a trabajar a una gran ciudad inspiraba en las mujeres la sensación de que allí podían vivir un inolvidable romance.

Nuestra manera de trabajar siempre ha forjado nuestra forma de concertar una cita. «Pasaré a recogerte a las seis» era una frase muy habitual en una época en la que la mayoría de los ciudadanos tenía un empleo con un horario fijo. Hoy en día, recibir un mensaje de texto que nos pregunta «qué haces» puede entrañar básicamente lo mismo. Pero las citas no solo se ven influidas por el trabajo. Tener una cita es un trabajo; y una parte importante de ese trabajo es de tipo físico. Veamos todos los pasos que, según las revistas de moda, debe dar una verdadera mujer para tener la más mínima oportunidad de disfrutar de una cita. Comprarse ropa elegante, hacer ejercicio para embutirse dentro de ella, comer sano y cuidar debidamente su imagen: pintarse las uñas, depilarse todo el cuerpo, maquillarse la cara, lucir un peinado elegante, etc. Y, por supuesto, tener un empleo que le permita ganar el dinero suficiente para costear todo eso.

Trabajos de amor - Moira Weigel.indd 16 4/10/17 17:15

Es aconsejable que todos los que alberguen la esperanza de tener una cita elaboren y actualicen un perfil online y se dejen ver en las redes sociales que están más de moda. Pero sus esfuerzos no terminan ahí.

El trabajo que implica concertar una cita no es solo de tipo físico. También tiene un componente emocional. Mi antiguo compañero de piso Travis solía referirse al ritual que rodeaba a la preparación de una primera cita como «El show de Travis». Solía rematar esta frase haciendo un cómico movimiento teatral con las manos. Pero se necesita mucho trabajo para interpretar una excelente versión de uno mismo que sea capaz de encandilar a un desconocido. La parte más difícil tal vez sea conseguir que ese trabajo parezca coser y cantar.

El hecho de que las citas impliquen un trabajo no es algo necesariamente negativo. El trabajo nos permite dar forma al mundo que nos rodea. El deseo es la oportunidad que todos y cada uno de nosotros tenemos al nacer de unirnos a los demás y de modificar el mundo que compartimos. Casi todas las publicaciones que se han escrito sobre el mundo de las citas están dirigidas únicamente a ciertas personas: a los chicos blancos heterosexuales de clase media o a los licenciados universitarios que viven en ciudades. Como mi intención es investigar la cultura que rige el mundo de las citas, que se produce y comercializa para esas personas, hablaré a menudo de ellas; pero también intentaré mostrar cómo sus historias se entrelazan con las vivencias de las demás.

La atracción y el afecto pueden ir más allá de los límites que vienen marcados por la identidad. Durante el siglo pasado, concertar citas proporcionó a la gente una emocionante sensación de libertad que hasta entonces desconocían. Los *daters*[2] por fin se han dejado ver y han defendido con firmeza su derecho a buscar un amor que puede ser interracial, heterosexual, homosexual, ambas cosas, ninguna de ellas, monógamo o poliamoroso, sin correr el riesgo de que caiga sobre ellos todo el peso de la ley, y han logrado hacerlo realidad sin sentir ningún temor.

2. *Dater*: persona que regularmente mantiene citas, a menudo concertadas a través de páginas web especializadas o de redes sociales. (N. del t.).

Trabajos de amor - Moira Weigel.indd 17 4/10/17 17:15

No hay mejor vida que aquella que está consagrada a los trabajos de amor, a no realizar un esfuerzo por el simple hecho de que nos obligan, sino porque estamos firmemente convencidos de que lo que hemos creado es algo muy valioso y deseamos preservarlo. Sin embargo, como nuestra cultura tiende a malinterpretar la naturaleza del trabajo y del amor, solemos subestimar ambos conceptos.

Si el matrimonio es el contrato indefinido que muchos *daters* esperan firmar, el proceso de cita a menudo se considera la peor y más precaria forma de trabajo contemporáneo: es un contrato de prácticas sin remuneración. No sabes en qué puede desembocar, pero te sirve para adquirir experiencia. Y, si eres espabilado, puede que hasta te inviten a comer.

Trabajos de amor - Moira Weigel.indd 18 4/10/17 17:15